

EFRAIN
BARQUERO

La
Compañera

POEMAS DE AMOR

NASCIMENTO

LA COMPAÑERA

OBRAS DEL AUTOR

- La Piedra del Pueblo*, Alfa (agotada)
La Compañera, Nascimento
Enjambre, Zig-Zag
El Pan del Hombre, Nascimento
El Regreso, Ediciones Revista Atenea (agotada)
Maula, Nascimento
Poemas Infantiles, Zig-Zag
El Viento de los Reinos, Nascimento

EN PRENSA

- Autobiografía*, Universitaria, Colección Presencia Viva
Epifanías, Losada, Buenos Aires
Antología Poética, Nascimento

EFRAIN BARQUERO

LA
COMPAÑERA

Edición definitiva

N A S C I M E N T O

© Es propiedad
Inscripción N.º 37782

N.º 3466

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1969

Ya lo dijo el filósofo jónico: todo cambia, todo se renueva; hasta un sentimiento "inmutable" como el amor va inaugurando nuevos pétalos, va cubriéndose de nuevos brotes; el amor bajo la tienda azul de la noche del desierto, que planea sobre la arena ardiente de la Sulamita, ya no es el mismo cuando Quevedo lo hurga y llega a tocarle los huesos del fondo, ni cuando Heine lo hace llorar entre los brazos de un esqueleto perfumado, ni cuando lo recubre Mallarmé de vello-nes y plumillas. Hoy mismo, ayer mismo, hace tan solo un instante, el poeta de Nicaragua encontraba "plural"

“su historia celeste” y el hombre triste del sur lluvioso lo hacía tiritar bajo la noche estrellada, mientras el severo don Antonio de España se lo arrancaba del pecho como una espina para no sentir más el corazón.

Ahora se acerca al amor un poeta joven más apegado aún, si cabe, a la cotidiana maravilla, en la humildad del barrio, junto a la aguja de coser, bajo la sombra del ropero familiar, pero lanzado de bruces sobre un futuro en donde los hijos crecerán como húmedas espigas de hombres poderosos.

Efraín, nombre que gustó el maná, endulza su saliva para dirigirse a la “Compañera”, ya no a la esclava enjoyada ni a la marquesa del surtidor ni al perfil nebuloso ni a los dedos de marfil que sujetaban el pañuelo de Holanda ni a la carne —supremo apetito de cisnes—, ni siquiera, sí, ni siquiera a la estudiante de ojos tristes como la noche inmensa.

Todo cambia y todo se transforma y he aquí el amor que de pronto lanza su soplo mágico y hace volar los volantines de colores en la pobre, irremediable pobreza cosida con el hilo de plata de la esperanza. La “Compañera” está allí, a su lado, y lo sigue en sus

sueños divagantes, esos sueños que construyen y edifican, esos sueños que engrandecen y combaten.

Ella tiene el regazo lleno de semillas de hijos y él la cabeza poblada de semillas de versos y así, los dos solos, en la terrible soledad de la ciudad hostilizante, están más cerca que nunca de los demás, de los que se besan en los parques, de los que se esperan a la salida del trabajo, de los que tienen que economizar para comprar otra almohada, de los que hacen los hijos con arcilla amasada, en muchas horas largas, bajo la hostilidad de las goteras.

La "Compañera" está al lado de uno y está a la altura de uno, ni más alta ni más baja, como uno, es decir, como todos. Ni el deseo que amengua ni la protección que menoscaba ni la adulación que empequeñece. Todo fresco, como recién creado, con un olor a aserrín, un sabor ingenuo o cochayuyo, un ritmo de telares saludables, y una fortaleza incorruptible.

Y todo lanzado hacia adelante, siempre hacia adelante, como las olas, como las olas, como las olas.

Joaquín Gutiérrez

1956

PRIMERO

Canto a esta mujer

Canto a esta mujer que me acompaña
hija, hermana y madre ella misma,
tierra de donde me alzo al sol primero
y después dulzura que llena mis frutos.

Canto a esta mujer que está en silencio
con millares de hijos en el vientre,
pero que silenciosa viene y va
más liviana que un pájaro en el viento.

Canto a esta mujer que está tejiendo,
a esta otra que está amamantando,
canto en ellas a la fertilidad
y a la eternidad de mis huesos en la tierra.

Canto a esta mujer que ahí me espera
como una puerta en la inmensidad del mundo,
a estos cabellos donde se enreda el viento
que empuja nuestras banderas al combate.

Canto a esta mujer de larga cabellera
y a estos ojos de donde nace el agua,
canto a su sexo de donde volveré a nacer
y a su sangre que me regará sin término.

Canto a esta mujer que me acompaña
con los senos henchidos por mi anhelo.
Canto a esta mujer, a todas las mujeres,
y dejo la esperanza perseguida del hombre
en la tierra sagrada de sus vientres.

Así es mi compañera

A sí es mi compañera.

La he tomado de entre los rostros pobres
con su pureza de madera sin pintar;
sin preguntar por sus padres
porque es joven, y la juventud es eterna;
sin averiguar donde vive
porque es sana, y la salud es infinita como el agua;
sin saber cuál es su nombre
porque es bella, y la belleza no ha sido bautizada.

Es como las demás muchachas
que se miran con apuro en el espejo trizado de la aurora
antes de ir a sus faenas. Así es,
y yo no sé si es más bella o más fea que las otras,
si el vestido de fiesta le queda mal
o la ternura equivoca a menudo sus palabras,
yo no sé,
pero sé que es laboriosa.

Como los árboles,
teje ella misma sus vestidos,
y se los pone con la naturalidad del azahar,
como si los hiciera de su propia sustancia,
sin preguntarle a nadie, como la tierra,
sin probárselos antes, como el sol,
sin demorarse mucho, como el agua.

Es una niña del pueblo
y se parece a su calle en un día de trabajo,
con sus caderas grandes como las artesas o las cunas;

así es, y es más dulce todavía,
como agregar más pan a su estatura,
más carbón a sus ojos ardientes,
más uva a su ruidosa alegría.

Primero que la luz

Primero que la luz del nuevo día
viene a mi corazón tu mano ciega.
Antes que el agua, el fuego, el pensamiento,
tú me despiertas en la tierra dormida.

Yo siento que si no fuera por ti
y por mis compañeros que me esperan,
me quedaría dormido para siempre.

Pero te oigo entre sueños como todas las aves
[del mundo,
siento temblar la tierra bajo la mano del hom-
[bre,
siento caer al río, vencido bajo un puente,
te escucho a ti llamarme con mil voces,
¡con mil voces muertas, que podrían nacer!

Tienes olor a pino volteado

Tienes olor a pino volteado.
Con este aroma yo tengo tantas cosas.
Con tu olor en mi pelo, en mis manos,
yo vivo como en un astillero.
Yo vivo cantando y construyendo
en tu olor como en un buque terminado.

Yo que no tengo nada, sino tú.
Yo que no tengo ahorros, sino enfermeda-
[des.
Yo que no tengo tiempo, sino mucho can-
[sancio,
camino alrededor de tu aroma
como de un castillo de madera.

Me levanto fragante de tu lado
con aserrín azul en mi camisa,
con tu olor, que ya no es simple olor,
sino que fuerza, materia hermosa,
como una tabla fresca entre mis manos.

Es como si mi amor te hubiera herido
en el corazón como en un árbol,
y este aroma fuera la esperanza.

Dueña de la sal y el aceite

Dueña de la sal y el aceite, puedes hacer de cada hora un fruto redondo y espeso, como un árbol que floreciera a diario.

Oh dueña de la ropa blanca, tu corazón es para mí como un vellón que no se acaba.

Puedes hacer la miel sin salir de ti misma.
Puedes cantar una canción que no existe.
Puedes llenar una casa con tu amor.

Hasta miro de otra manera a los hombres
desde que recogí tu miel silvestre.

No quiero lastimar a nadie: siento que todos
tienen como tú algo de nido salvaje.

No quiero que me dejen atrás los que luchan:
¿cómo sabrán mañana cuánto te he querido?

Oh dueña de la casa blanca, tú tienes algo
de pastora para adivinar mi destino.

Yo te beso al irme

Yo te beso al irme.

Humedezco tus labios y tu pecho

con mi palabra más profunda y más simple.

Te digo algo con ella, que sólo tú comprendes.

Algo de esperanza por cumplir, que sólo tú con-

[fías.

Yo te beso con un gesto rápido y seguro
como de morder el pan o coger las herramientas.
Y te digo en un momento tantas cosas,
tantas cosas, que sólo tú recuerdas.

Yo te encierro con mis brazos al irme
y te tapo los ojos con mi boca
para que no sientas mi ausencia cuando parto
a defender el beso de otros días.

Porque nuestro beso no es un pétalo imposible
ni es el golpe de un aroma oculto:
es el pan que compartimos cada día,
y deja en los labios el sabor heroico
y en el rostro la alegría inmensa
de haberlo conquistado juntos.

Más sencilla que el agua

Más sencilla que el agua corriente,
como el viento que sopla, como el fuego que arde,
es nuestra alianza de mujer y hombre.
Un rincón en la tierra, un pedazo de cielo,
¡pero la libertad de desear para mañana
un día más ancho para nuestros hijos!

Nos contentamos con un vaso para beber el cielo.
Nos basta una ventana para que sea nuestro el sol.
Con una silla de paja y un cántaro de vino
en un amigo acogeremos a la humanidad.
Con sólo una herramienta podremos defendernos
y llenar con el barro el sueño que adoremos.
Con sólo una camisa y un vestido azul
podremos vestir el amor más glorioso.

Nos basta con un beso para ser felices,
nos basta una mirada para comprender el mundo,
nos basta una palabra para expresarlo todo,
que tú te escondas, en mi pecho, en la noche,
para sentir hasta la ternura de las bestias,
que tú puedas vivir, que yo pueda vivir,
no necesitamos más para ser felices.
¡Pero que no nos vayan a quitar el derecho
de mirar hacia dónde partirán nuestros hijos!

La ventana está azul

La ventana está azul.

Nuestro amor mira hacia afuera, y llena los caminos.
Vuela una bandada de palomas blancas
como el fuego del amor.

Nuestro amor no quisiera esconderse,
no quisiera avergonzarse de su magnitud.
En esta calle estrecha, junto a estos hombres tristes,
no quisiera avergonzarse de brillar como el sol.

Nuestro amor tiene el cuerpo de la tierra sembrada,
la boca de agua pura, la cabellera de aroma.
Y no quisiera esconderse detrás de esta ventana,
no quisiera avergonzarse de ser tan hermoso.

Nuestro amor está vestido para ir a su fiesta.
La cabellera de ella tiene estrellas. El corazón de él
[es como el sol.
¿Pero cuándo nuestro amor saldrá de este agujero
a desplegar su primavera sin temor?

Qué hermosa es la mañana

Qué hermosa es la mañana cuando a mediodía
tu cocina ha hecho madurar los frutos.

Qué hermosa es la mañana cuando me he esforzado
y tú me esperas en florida mesa.

Qué hermosa es la mañana pensando en tu amor,
si mis manos lo afirman con dulce argamasa.

Qué hermosa es la mañana cuando he construido
y me lavo cantando en tus ojos puros.

Qué hermosa es la mañana con gusto a sudor,
si después me como tus palabras frescas.

Qué hermosa es la mañana con olor a pan,
pero es más hermosa si te lleno el regazo.

Qué hermosa es la mañana con sus ojos claros,
pero es más hermosa confiando en tus ojos.

Qué hermosa es la mañana con rumor de agua,
pero es más hermosa si canta en tu boca.

Qué hermosa es la mañana con olor a tierra,
pero es más hermosa si la siembran mis manos.

Qué hermosa es la mañana con fragor de mar,
si me siento fuerte para defenderte.

Qué hermosa es la mañana como la madera,
si puedo partirla para hacerte una casa.

Qué hermosa es la mañana con fulgor de redes,
si con ellas puedo estrellar tu noche.

Qué hermosa es la mañana de espuma marina,
si con ella puedo limpiar tu camino.

Qué hermosa es la mañana cuando a mediodía
la jornada deja levantarte en mis brazos.

Qué hermosa es la mañana con mis compañeros,
si te llevo un poco de sus alegrías.

Qué hermosa es la mañana cuando a mediodía...
¡Qué hermosa eres como la mañana!

El mar, el mar

El mar, el mar terrible, junto a tus pies,
como un caballo blanco arrodillado.

El viento, el viento enorme, sobre tus hombros,
como una cabellera de oro acariciante.

Mi sed, mi sed tan grande, lamiéndote las manos,
como si fueras una estrella del buen tiempo.

No hay sombra entre nosotros tendidos en la arena.

Una ola remota juega en tu sonrisa.

Una rompiente eterna quiebra tus palabras.

Y entramos desnudos en el mar
para volver más puros a la tierra.

Mi amada está tejiendo

Mi amada está tejiendo en la ventana.
Está tejiendo una inmensa mariposa.
Me mira en silencio, y yo la miro,
pensando en el hijo que volará sobre ella,
sintiendo lo bello que es haber luchado juntos,
tejiendo con nuestras manos una enredadera
para que suba aquél más alto que nosotros.

Mi amada está tejiendo en la ventana.
Toda la tierra está tejiendo con ella
la mariposa verde de la primavera.
Todo el mar está tejiendo con ella
la ola blanca que limpiará los cielos.
Todos los hombres están tejiendo con ella
la palabra que aromará la vida.

Mi amada está tejiendo en la ventana.
Me mira en silencio, y yo la miro,
contemplándonos los rostros tan queridos,
examinándonos las manos laboriosas,
pensando en las hojas que tiene en su regazo
para abrigar ese fruto milagroso,
pensando en las alas que tiene a medio hacer
para que vuele el hijo como un pájaro
hacia donde nosotros no alcancemos.

Corre, corre desnuda

Corre, corre desnuda por la costa
como un velamen tembloroso y blanco.
Y llámame a lo lejos, que será
como si las aves errantes recordaran mi nombre.

Cruzan las bandadas como interminables recuerdos,
y te vuelvo a ver como entonces, como una garza herida.
Y te vuelvo a ver como entonces, como una blanca nave,
como el último sueño de mi infancia.

Ya no eres el humo de los barcos ni la garza herida.
Ya no eres la canción lejana ni el cofre enterrado.
Pero eres aún más hermosa como si las olas del tiempo
no se cansaran nunca de entregar nuevos tesoros,
como si los pájaros tuvieran siempre un nuevo rumbo,
como si hasta ti faltara siempre una playa.

Y cuando me has llamado a lo lejos, no he sabido
si es tu voz o son los pájaros viajeros,
o son mis viejas palabras que te aman,
que ahora se agitan con un nuevo temblor.

Nidal de huevos azules

Nidal de huevos azules, canasto con cachorros,
así es tu corazón a veces:
más tierno que un ternero echado,
más tembloroso que una bandada,
más puro que la lengua de una bestia.

Tal vez no seas más que corazón,
por eso nunca te defiendes,
como si fueras un nidal abierto.

Tal vez no seas más que madre,
entraña, vellón, seno, plumaje,
y no vivas más que desgarrada
por cada día que nace.

Así te veo, como un inmenso nido blanco,
como la cabellera preocupada de un sauce,
como un seno ofrecido,
como un águila dulce.

Así te veo, como la madre de mis hijos.
¡Como un ave que es garra y que es vuelo!

Se te echa de menos

Se te echa de menos. Este hombre fuerte y duro ha mirado hacia la calle como un niño solo.

¿Qué era para él tu amor? Tú siempre creíste que sería un objeto, algo que se usa y se olvida. Pero era más. Era ese mismo objeto, pero demasiado visible en su vida, como el único orgullo, como lo único bello, como una joya ahorrada en la casa de un pobre.

Se te echa de menos. Este hombre taciturno
que siempre tenía fierros duros en las manos,
que siempre tenía palabras grandes en la boca,
que tranqueaba con fuerza con sus zapatos enormes,
rara vez pudo hablarte
para decirte que te amaba.
Rara vez pudo besarte
sin que le molestara el tiempo como ropa estrecha.
Rara vez pudo hablarte de él
con el peso de la vida en sus brazos.

Se te echa de menos. Este hombre huracán
acostumbrado a golpear, siempre a golpear,
para no caer aplastado por el mundo,
ha cruzado los brazos, como si alguien
pudiera romper el diamante de su fuerza.
Pero no ha sido así, y lo que se ha roto es tu voz,
que él oía como su única caja de música.
Y lo que se ha trizado es tu mirada,
que él cuidaba como su único espejo.
Y lo que se ha caído son tus pasos,
que él amaba como un reloj heredado.

No ha sido nada más, y su fuerza está intacta.
Pero te echa de menos, y es como si no hallara la puerta.
Como un albatros que ha cruzado distancias enormes
y que se pierde en una casa.

Contigo es todo arboladura

Contigo es todo arboladura,
mazorca granándose, espejo encantado.
Y eres más sencilla que un cántaro:
se te puede querer profundamente.

Y eres juguetona igual que una cabra,
y espantas mi tristeza y mi perro,
porque siempre les pisas la cola.

Contigo la casa se ha ensanchado,
el sol se ha puesto a tu servicio,
el agua ha bajado del cielo,
la espuma canta entre tus manos,
todo lo envuelve una pompa de jabón.

Y no hay ningún misterio en esto,
salvo algún beso silencioso.
Porque todo es sencillo como el día,
salvo tu gallina ponedora.
Porque todo es natural como un árbol,
salvo esta flor de mi camisa.
Como si todo lo hubieras encantado
con el poder sencillo de tu gracia.

Con esta boca amarga

Con esta boca amarga, yo te digo las palabras más dulces.
Con estas manos heridas, yo te limpio el rostro.
Bajo la lluvia, y en el hueco de esta puerta que no es nuestra,
yo te sonrío, que es mi manera de estar triste.

Yo te sonrío, y te extiendo mis manos vacías,
sin nada más que mi calor, que es lo único que tengo.
Y mis cabellos y mis hombros te esconden de la lluvia,
que a veces se desliza en tu rostro como un beso.

Nada más que un beso te llenará los ojos,
ninguna gota más te ensuciará las manos,
ninguna palabra más te hará sangrar los labios,
aunque el cielo me ahogue y la tierra sea dura.

Ninguna gota más que un beso cristalino
caerá en tu boca y cantará en tu pecho.

Ninguna gota más de la ciudad o del mar
que esta resina dolorosa o este aceite fragante.

Ninguna gota más que esta gota de lluvia
que se entibia en mi frente y cae en tu rostro.

Ningún sonido más que esta gotera dormida,
ninguna gota más resbalará en tu sueño,
mientras yo me curve sobre ti bajo el mundo.

Qué eres en mis brazos

Qué eres en mis brazos, qué soy en tus ojos.
La parte de la tierra que nos pertenece.

Tú eres como una casa con tus senos y tu rostro
donde puedo tenderme tranquilo.

Yo soy como una puerta con mi pecho
donde puedes sentirte segura.

Tú eres el corazón que arde siempre
donde puedo desentumecer mis manos.
Yo soy el brazo que sostiene el día
para que no se derrumbe en tu encanto.

Este podría ser el cuento de una casa
que se encontraba en medio de un bosque,
porque tu aroma de madera fresca
yo lo distingo desde lejos.

Esta era una casita hecha con un pino
desde donde se podía ver el mar.
Este era un caballo que siempre lo aguardaba a
[él
y esta era una gallina que siempre la aguarda-
[ba a ella.

Este era el amor, el mar, una colina, un bosque.

¿Pero es que entonces no tienen ningún valor
los sueños de dos amantes pobres?

Te andan sueños en los ojos

Te andan sueños en los ojos y cachorros en
[las piernas
y no puedes descansar: te llama el agua,
te llamo yo para contarte tantas cosas,
te llama llorando el desgarrón de mi camisa,
te llama mi corazón aumentando el griterío.

Para todo tienes tiempo, y para mí toda tu vida.
Para las aves tienes grano, y para mí todo tu cuerpo.
Para la casa tienes flores, y para mí todo tu encanto.
Para los sueños tienes hilo, y para mí todos tus
[hijos.

Nadie se queda con hambre: ni los animales,
ni mi corazón, ni mis invitados.
Todos se llevan una hora tuya
y yo me llevo cada vez tu vida.

Me pregunto: qué se llevaría la muerte
si viniera ahora a buscarte.
Algo, tal vez, pero no todo.

Me ayudas

Me ayudas a esperar un nuevo día,
y tu cabellera no se apaga como el fuego,
y tu boca no se extingue como el agua,
y tus ojos no se cierran como el cielo.

Me ayudas con más fuerza que una estrella,
y tu bandada no se ausenta ni se muere,
y tu trigo se da por todo el año,
y tu corazón permanece siempre verde,
y tu mariposa nunca se deshace.

Me ayudas, no con el ánimo
cambiante del mar o de la tierra,
sino como la ola más pura
o la cosecha sin sequía.

Me ayudas, despierta o dormida.
Me ayudas, con alegría o tristeza.
Me ayudas, distante o cercana.
Me ayudas solamente
porque te he conocido.

Si he de tener contigo un hijo

Si he de tener contigo un hijo,
que éste llegue
cuando nuestra casa sea toda la tierra.

Si hemos de dejar un heredero,
que éste venga
para mirar sin asco nuestro mundo.

Si he de hacerte madre,
que sea con amor
y no con vergüenza de vivir y de ser hombre.

Si hemos de traerlo, conquistemos para él
el derecho de ser libre
para que después no nos maldiga.

Conquistemos la tierra donde habrá de crecer,
para que después no nos olvide
al no encontrar nuestras raíces.

Conquistemos la paz en que habrá de construir,
para que después no nos desprecie
al impediérselo sus propios hermanos.

Que nuestro hijo rasgue en dos tu vida
y tu grito de dolor conmueva las estrellas;
hienda en dos mi canto, y por mi herida
entre el sol a todas las conciencias.

SEGUNDO

La muchacha dormida

Me recuerdo corriendo por la orilla del mar:
ando explorando grutas y persiguiendo los pájaros.
De repente me asomo a una playa solitaria
donde hay una blanca bandada detenida:
son gaviotas nuevas, me digo, las más hermosas que
[he visto.
Y cuando corro hacia ellas para que emprendan el
[vuelo,
no pueden volar: es el cuerpo de una joven dormida.

Hasta entonces las cosas más gratas para mí
eran las aves marinas que lloraban en la lluvia.
Las sirenas de los barcos escuchadas en el alba.
Alguna nave blanca cruzando el día azul.
Y la playa solitaria como recién creada
donde me tendía
con una voluptuosidad que me turbaba.

Pero ahora había en la playa una muchacha dormida.
Estaba desnuda como si las olas la hubieran arrojado.
Sus senos eran dulces como dos gaviotas echadas.
Su cuerpo palpitaba como la misma espuma.
Y estaba de espaldas como una playa asombrada.

Fue como si hubiera descubierto una estrella
que no encontraba por ninguna parte. Fue
como perderme en una playa conocida.
Fue como encontrar un ave que no sabía volar.

Sentía temor y dicha. Me parecía que de pronto iba a emprender el vuelo como cualquier bandada. Pero ella dormía, dormía como un pez en la arena. Y era su sueño imperceptible como una caracola.

De repente sentí que siempre había estado ahí, y quise tocarla, pero sus manos se movieron pausadas. Era simplemente una muchacha dormida. Pero yo, yo había despertado.

La mujer

La mujer es la sustancia misma,
ciega y perezosa, pero hallada.
Mas el hombre es el silbido solitario,
el ansioso de creer y el descreído.

La tierra y el océano enlazados,
la pasividad y el movimiento,
juntos y dispares, porque el hombre
busca en la mujer el hijo eterno.

La vida es más llena en la mujer
y el tiempo está siempre madurando.
Pero su compañero marcha inquieto,
porque es dueño de la muerte de ambos.

En ti está ahora

En ti está ahora la mujer, y en mí está el hom-
[bre.
Como si hubiéramos vuelto de un viaje muy largo.
Y miráramos la ciudad, temblorosa y encendida.
Y quisiéramos hablar, pero nos sonriéramos.

En ti está ahora la mujer, la que fue niña y amante.
Y yo te miro con sorpresa como mirando un fruto.
Porque eres como un ave que se hubiera transfor-
[mado,
de tanto perseguirla, en una niña seria.

En ti está ahora el secreto de la lluvia
y todos mis secretos buscados por las calles.
Ahora podríamos hablar, pero nos reímos,
como dos niños ocultos en nosotros mismos.

Y ella me dio la vida

Y ella me dio la vida por segunda vez.
Aquella joven sin ninguna experiencia
un instante fue vieja, más vieja que mi madre y
[que la tierra.
Y tuvo ese rumor de las grutas profundas.
Y cuando yo crecía y me hacía hombre de nuevo,
ella volvió a ser niña como si fuera mi hija.

Y fui su padre por segunda vez.
Yo que no tenía ninguna voluntad de vivir.
Y fui su hermano mayor. Y fui toda su familia.
Porque las mujeres olvidan su país y su infancia.

Y le mostré el mundo por segunda vez,
que antes vio con sus ojos de niña.
Y despertó la ciudad. Y se llenaron las calles.
Era un día cualquiera para amar o morir.

Tal vez no seas la misma

Tal vez no seas la misma, y vagues por la
[orilla del río.

O te quedaste para siempre con aquel peinado,
con aquella sonrisa.

O te fundiste con la niebla
o con la luz del mediodía, cuando te vi desnuda.

O nos quedamós juntos bajo esas luces de fiesta.
Y todavía no volvemos. Y ahora cae la lluvia.

Al pertenecernos hicimos tantas cosas nuestras
y olvidamos otras. Ahogamos y dimos vida.
Y entre todo el estruendo de bocinas y de luces,
fuimos tú y yo, antes de morir para siempre.

Será esto el verdadero amor

¿Será esto el verdadero amor,
esta ternura vaga después de poseerla,
esta confianza en mí y en los que me rodean,
esta manera de mirarla como a una niña pe-
[queña?

Desnuda en el placer era casi inhumana,
como un pez o un ave, o un ser de otros cielos.

Pero un día vino y se sentó a mi lado
y hablamos largamente sin ningún recelo.
Y por primera vez fuimos como dos hermanos
capaces de apiadarnos mutuamente.

Fuimos alados

Fuimos alados. Teníamos solamente ojos
y después dos labios para nombrar el mar.
Estábamos desnudos y no existía nadie,
sino tu cuerpo joven alumbrado por un rayo.

En ese instante envejecieron nuestros padres.
Y quedamos más solos, como los únicos vivientes.

Dónde estuvimos. En qué tierra de trigo.
A la sombra de qué árbol hablábamos de amor.
Porque sólo había miel y leche
y un sol carnosos y blando que nunca declinaba.

Ahora aprendemos a vivir en una casa
y parece que el mundo se hiciera más estrecho.
Un momento volamos, y volvemos a la tierra
a buscar otro poder que nos transforme.

Vivíamos sin pedir otra cosa

Vivíamos sin pedir otra cosa
que nunca amaneciera, perdidos en un mar
donde todo era origen y nostalgia.

Quisimos destruirnos, y no hicimos más
que liberarnos a nosotros mismos.

Nos lastimamos hasta la última raíz,
y fue amarnos más intensamente,
porque comprendimos nuestra propia miseria.

Como los días somos. Como el mar.
Nos parecemos y somos distintos.
Y nos cuesta convivir, mucho más que estar
[lejos.

Reunir en un beso la vida turbulenta
y la oscura aspiración de dos vidas.

Si no te mirara

Si no te mirara
diría que han crecido tus manos y tu rostro
así como las plantas del zapallo.

Porque te siento abrir cajones en la oscuridad
y verter gravemente un alimento.

Me cuesta recordarte de niña.

Me parece que has vivido mil años
y que has sido madre sólo por silencio y con-
[fianza.

Tú eres ahora la unidad al derramarte,
y has entrado para siempre en el pan y en el
[vino.

El pequeño amor de los hombres ha encontrado
[en tus ojos
una harina sin tiempo, un agua sin culpa.

¿Y yo qué fui, qué soy,
nada más que un viento entre los árboles,
que una gota de sal en tu misterio?

Mi plumaje duró lo que el placer.
Mi orgullo se desvaneció como la niebla.
Tú formaste la sagrada pasta.
Y yo dí, sin comprender, un poco del aceite.

Una mujer y un hombre

Una mujer y un hombre, eso éramos.
Y no teníamos casa ni padres ni familia.
Veníamos del mar de donde vienen
los desconocidos y los ausentes.

Tú me esperabas. O era alguien más viejo
que nosotros, una cierta nostalgia
de sol, de gaviotas, de colinas azules.

Porque estabas, entre mi madre y yo,
como mi propia juventud desconocida.

Y hoy que soy el hombre y tú eres la mujer,
te aparto de ese largo abrazo.

Y te amo con ese amor tan desvalido
que envejece o nos cambia por otros.

T E R C E R O

En la tierra

En la tierra, en la gran horcajadura,
hallarás la arrodillada,
y en su cuello
hallarás el collar que ciñe al hombre,
hecho de viejos sacrificios olvidados:
cinturón devorador de los jinetes.

Te parirá de nuevo, cazador,
sobre el mundo parecido a una garra.
Y en el violento amanecer, la ahorrajada,
la que en la noche fue apresada como loba
en la puerta la hallarás:
ya habrá encendido el fuego,
y al errante
lo lavará ella misma,
lo lavará en su cuerpo,
lo secará con tierra.

Te mostrará la casa de los frutos
la gran asentadora,
cuyo rostro no verás,
sino en el hambre y en la sed
o en la envoltura terrible de tus hijos.

Siempre estará cubierta,
dividida en su granada.
Y junto a ella amarás la desconocida
y la ausente, la noche de larga cabellera.

Estas son las que te amaron

Estas son las que te amaron, las
[mujeres
que una a una te alcanzaron en la tierra:
fueron como una casa o una nave,
como una sábana lentamente desgarrada.

Una a una se parecían en su otoño,
eran un solo rostro en el desierto,
una a una sus ojos se comían,
se devoraban como hijas de la noche.

Y antes que el árbol fuera, fueron ellas
las oscuras habitantes del silencio;
y en el mar de sus cuerpos te bañaste:
una a una te poblaron como el sueño.

Y en su larga y anudada cabellera
a una amaste y a las otras olvidaste;
de entre todas las hermanas escogiste
la menor con su rostro tan remoto.

Sólo quieren rescatar el cuerpo amado

Sólo quieren rescatar el cuerpo amado
y comer eternamente el pan del sacrificio:
las desgarradas, en cuya sábana sangrienta
el padre duerme, el hijo aún no ha despertado.

Ellas son las quebrantadas por las armas de la
[tierra,
y en la boca de las minas, ellas duermen abra-
[zadas;
y a sus pies de alfarera envejecida
ellas enjugan en su pasta la pérdida del mundo.

Amasanderas son, y junto al viejo horno,
cuecen el pan en la memoria de sus muertos;
y en la piedra donde paren su abandono
vuelven a moler la harina de sus canas.

Porque desposeídas fueron las que al árbol
dieron vida, colgando sus entrañas de los ganchos;
y en la puerta se anudaron, cuando el hombre
no pudo ser ya más el cuchillo de su mesa.

Tejieron y tejieron las grandes tejedoras,
y en una noche entregaron el tejido,
y en su rueda se quedaron esperando
que el cordero de la muerte sus huesos abrigara.

Con un herido se acostaron en su lecho,
con una soledad de mares y de cumbres.
Vieron primero un hombre, y después vieron la
[vida;
vieron primero un niño, y después vieron la muerte.

En un día fue amada

En un día fue amada,
en un día dejó la ciudad y su infancia,
y por una gota del licor sagrado
entera se vertió:
robada fue en la juventud,
su lugar estará donde el errante viva,
donde el herido en su paño se desangre.

Quisiera dormir alguna vez en un país de azufre
cuando el hombre y su ausencia
no puedan ser ya más salvaje hoguera,
y duerma,
y ella sin dormir como la sal lo cubra.

Comió una vez, y de su cuerpo dividido
hizo el ser, y la rotura de su alma:
como no pudo amasar toda su sangre,
como no pudo ser el vaso y la boca de la muerte,
fue la leona herida, hambrienta en su camada,
fue el águila enemiga, celosa de su sombra.

Al hombre dijo: mátame, y al hijo dijo: espé-
[rame,
y con su amado muerto, que es el hombre des-
[terrado,
vivió en su desnudez de ave y de corola,
extrañamente hermosa como hija de las aguas.

La mujer al hombre se encomienda

La mujer al hombre se encomienda
y él vuela entonces junto al mar oscurecido:
dormida la transporta en los corceles,
dormida la oculta entre los lechos,
y en la casa del amor, abastecida
como nave, todos los frutos comen,
todos los trajes visten junto al fuego,
pero desnudos se reconocen y se adoran.

Y en la sombra es una la mujer
de tantos rostros, un solo cuerpo largo;
y el hombre es uno, después de tanta bús-
[queda:
uno a otro se miran y se tocan.

Extraños son porque quisieran
cerrar aún más los ojos en el beso,
abrir aún más los brazos en su hallazgo,
apagarse y encenderse con sus bocas.

Y la dormida con él corre, con él ríe,
con él vacía los arcones:
lo sigue por la playa, y él no sabe
si es más bella cuanto más desconocida.

Semilla será el hombre

Semilla será el hombre, y la mujer, vasija,
y en el día serán como dos caras,
como la mano izquierda y la derecha,
pero en la noche serán la bestia inmemorial
de dos cabezas,
mitad de ave y de serpiente:
el hombre y su mujer a la espalda.

Será él el arco tenso del océano,
el oscuro ceñidor de los trigales,
y ella la esparcida cabellera,
la redondez sin forma ni dureza;
será él como el viento en la montaña,
despierto siempre,
y ella la nocturna vestidura;
como el resuelto pescador será el varón
y la hembra como la noche y la ballena;
como el hombre en la nave serán ambos
reunidos en medio del espacio:
él desnudo y perdido, y ella plena
como una bodega y una casa,
él todo de sal, de sabor y de sople,
y ella de harina, condensadora del mundo.

Porque el hombre vendrá con el anuncio
y la mujer con el hijo de la tierra,
él vendrá con el cuchillo del fuego
y ella con el agua habitadora;

sólo en su gran serenidad todo revive.
en la quietud de las frutas se perfuma,
y en la tela incendiada trabaja,
tejedora es la mujer, de fibra y orden,
ruptura es el hombre, avance, comienzo,

Y el hombre en ella nace, en su tejido:
en la infancia es más pequeño que su hermana
y de madre en madre va creciendo
hasta llegar al mar que lo madura.
Y en la mañana terrible de la luz
es la mujer lo que descubre,
y en el bosque arrasado de la tierra
es la mujer quien lo sostiene,
y en la noche que extravía a los hombres
es ella quien lo guía a su casa.

1954-1956

INDICE

	Págs.

Prólogo	7
Canto a esta mujer	13
Así es mi compañera	15
Primero que la luz	19
Tienes olor a pino volteado	21
Dueña de la sal y el aceite	23
Yo te beso al irme	25
Más sencilla que el agua	27
La ventana está azul	29
Qué hermosa es la mañana	31
El mar, el mar	35
Mi amada está tejiendo	37
Corre, corre desnuda	39

Nidal de huevos azules	41
Se te echa de menos	43
Contigo es todo arboladura	47
Con esta boca amarga	49
Qué eres en mis brazos	51
Te andan sueños en los ojos	53
Me ayudas	55
Si he de tener contigo un hijo	57
La muchacha dormida	61
La mujer	65
En ti está ahora	67
Y ella me dio la vida	69
Tal vez no seas la misma	71
Será esto el verdadero amor	73
Fuimos alados	75
Vivíamos sin pedir otra cosa	77
Si no te mirara	79
Una mujer y un hombre	81
En la tierra	85
Estas son las que te amaron	87
Sólo quieren rescatar el cuerpo amado	89
En un día fue amada	91
La mujer al hombre se encomienda	93
Semilla será el hombre	95

PRINTED IN CHILE

FABRICACION CHILENA